
Los amigos de John Henry Newman, y un viejo capote azul

The Friends of John Henry Newman, and an Old Blue Cloak

RECIBIDO: 27 DE NOVIEMBRE DE 2019 / ACEPTADO: 16 DE ABRIL DE 2020

Víctor GARCÍA RUIZ

Universidad de Navarra. Facultad de Filosofía y Letras
Pamplona, España
ID ORCID 0000-0003-3134-5573
vgruiz@unav.es

Resumen: Este artículo describe las principales relaciones de amistad establecidas por John Henry Newman tanto durante los años del Movimiento de Oxford como en su vida como católico y oratoriano. Se trata de una aproximación prosopográfica al entorno personal de Newman en conexión con su afectividad y su decisión de permanecer célibe.

Palabras clave: John Henry Newman, Movimiento de Oxford, Amistad.

Abstract: This paper aims at establishing and describing the main Newman's friends both during the Oxford Movement years and as a Catholic and Oratorian. The outlook has been prosopographic, but in connection with Newman's affectivity, and bearing very much in mind his early and staunch decision to remain celibate.

Keywords: John Henry Newman, Oxford Movement, Friendship.

PLANTEAMIENTO: CELIBATO, AFECTIVIDAD*

Este artículo quiere ser un relato de corte prosopográfico sobre los principales amigos de John Henry Newman (1801-1890). Pero antes, enmarcaré ese relato en el más ancho contexto de sus afectos y de su temprana decisión de permanecer célibe. Por el romanticismo de sus años de formación, o por lo que sea, Newman acertó plenamente al vincular el ideal del celibato con la entrega a Dios y el desprendimiento de lo mundano. Admiraba a san Pablo como una especie de héroe. Entendió bien que los «peligros de ríos, peligros de ladrones, peligros de los de mi raza, peligros de los gentiles, peligros en ciudad, peligros en despoblado, peligros en el mar, peligros entre falsos hermanos»¹ daban por supuesta una vida célibe; lo mismo que la asendereada vida de los primeros cristianos y Padres de la Iglesia que le enamoraron en la adolescencia². Aunque no lo criticaba, no podía entender cómo los sucesores naturales de aquellos héroes cristianos, es decir, los clérigos anglicanos, podían llevar una vida tan regular y tan «established», tan asentada en rentas estatales y tan dulcificada por un ángel del hogar en forma de esposa³. A los 16 años se había adueñado de él un «poderoso pensamiento» y no cabía «duda alguna sobre el hecho: consideré voluntad de Dios que yo llevara una vida célibe»⁴.

Lo cual no implica que Newman ahogara su capacidad de amar. Más bien, todo lo contrario, como espero ilustrar aquí. Las muertes de amigos como Hurrell Froude y Ambrose St John lo dejaron en un estado comparable al de quien sufre una amputación o pierde a una esposa⁵. Un día de 1840, mientras

* Para Ken Parker, Giulia Marotta y las demás personas del National Institute for Newman Studies (Pittsburgh), en agradecimiento por su generosidad y su hospitalidad (2016, 2017).

¹ 2 Cor 11,26.

² NEWMAN, J. H., *Apologia pro vita sua: historia de mis ideas religiosas*, traducción y notas de Víctor García Ruiz y José Morales, Madrid: Encuentro, 2010, 54. En adelante *Apologia*.

³ NEWMAN, J. H., *Perder y ganar*, trad. Víctor García Ruiz, Madrid: Encuentro, 2009 (parte 3, cap. 2) incluye una sátira del clérigo atrapado por las menudencias domésticas del matrimonio. Algunos pensaban que Newman se tomaba como una traición a la causa que sus apóstoles tractarianos –Keble, Pusey, Henry Wilberforce– tuvieran la debilidad de casarse. Un arbitrario libro de 1933, titulado precisamente *Oxford Apostles*, parte de la freudiana base de que tanto celibato escondía una reprimida homosexualidad (FABER, G., *Oxford Apostles: a character study of the Oxford movement*, London: Faber, 1974).

⁴ *Apologia*, 54-55.

⁵ Para Froude, ver NEWMAN, J. H., *The Letters and Diaries of John Henry Newman*, en DESSAIN, Ch. S., KER, I. T., GORNALL, Th., TRACEY, G. y MCGRATH, F. J., 32 vols., Londres/Oxford: Thomas Nelson/Clarendon Press, 1961-2008, vol. 5, 249 y 260. En adelante LD. Sobre St John: «no puedo escribir sin inundarme de lágrimas. No por falta de resignación, creo, sino porque le quería mucho y le he perdido» (NEWMAN, J. H., *Suyo con afecto: autobiografía epistolar*, GARCÍA RUIZ, V. [ed.], Madrid:

terminaba de revivir su odisea en Sicilia unos años antes, Newman pensó en Henry Wilberforce como la única persona a la que le gustará «conocer este tipo de detalles» sobre su viaje:

Es el tipo de interés que se toma una esposa y nadie más que ella; un interés femenino, y ese interés –así debe ser– nadie lo tomará por mí [...] renunció voluntariamente a gozar de ese cariño, que no se me ha concedido, que no se me puede conceder. Y, no obstante, siento la necesidad de ese cariño.

Y, simultáneamente, en un viejo capote azul «que yo tenía desde 1823»: me cuidó durante toda mi enfermedad; hasta me lo habían puesto sobre la cama, y me lo ponía yo cuando me levantaba para que me hicieran la cama, etc. Casi lo pierdo en Corfú; me lo robó un soldado, pero lo recuperé. Todavía lo tengo. Me lo he traído hasta aquí, a Littlemore, y en las noches frías me lo echo sobre la cama. Tengo tan pocas cosas de las que encariñarme, que la he tomado con los capotes...⁶

Cor ad cor loquitur, su lema cardenalicio, resume ese singular don de inspirar afecto: cara a cara, desde el púlpito o desde algunas páginas inolvidables de sus escritos, Newman *llega* al corazón. Lo experimentó, una vez más, hace no mucho, un joven profesor que se topó con *Apología* «no porque yo quisiera aprender de Newman, sino porque quería odiarlo». Pero quedó atrapado por aquel relato arrollador: «aún lo tengo a mano y releo mis pasajes favoritos»⁷. En pleno siglo pasado, y con metáfora muy de posguerra mundial, la novelista Muriel Spark venía a decir lo mismo: «Newman has a voice [...] radioactive from the page» (v).

John Henry Newman se confiesa un hombre solitario que al comienzo de su vida en Oriel college se ganó una culta reprimenda de su Provost. «Yo

Encuentro, 2002, 346. En adelante *Suyo*) y «His loss is the greatest affliction I have had in my life» (LD, 27, 313). Tenía Newman un *Obituary Book: Anniversaries of Friends kept from 1825-1888*, personas por las que Newman rezaba diariamente; figuran allí los que le querían bien (Dear to me, Kind to me), los que no (Cold to me, No How to me [le soy indiferente]), su conexión (Auld Lang Syne [viejos tiempos], St Clements, St Mary's, Littlemore). Ver TOLHURST, J., «“A blessed and ever-enduring fellowship”: the developments of John Henry Newman's thought on death and the life beyond», *Recusant history* 22.3 (May 1995) 424-457. Cito 440-453.

⁶ GARCÍA RUIZ, V., *John Henry Newman: el viaje al Mediterráneo de 1833*, Madrid: Encuentro, 2018, 409-410. En adelante GARCÍA RUIZ.

⁷ TRUEMAN, C. R., «Newman for protestants: How Newman drove me to Geneva», *First Things* (October 2015) s.p. Versión electrónica. <https://www.firstthings.com/article/2015/10/newman-for-protestants> 21 junio 2019 s.p.

era bastante solitario –cuenta en *Apologia pro Vita Sua* (63)– y acostumbraba a hacer mi paseo diario sin compañía alguna». Su Provost, el Dr Copleston se lo encontró un día y «con aquella amable cortesía que tan bien le cuadraba me hizo una inclinación y dijo: “nunquam minus solus quam cum solus”»⁸. Newman era un joven *fellow* que no habría cumplido aún los 25 años, rodeado de eminencias –unos pocos lo eran de verdad, la mayoría tenía solo las maneras– en aquel *college* que pasaba por ser la aristocracia intelectual de la Inglaterra previctoriana. Algunos llegaron a pensar que habían admitido a un cuitado. Newman, no obstante, era de esos seres retraídos que florecen en los climas cálidos de la confianza. Él hubiera sido feliz con una vida entre unos pocos amigos, un pequeño grupo de colegas, discípulos y feligreses en el recinto de su querido Oxford, una vida académica sin demasiados sobresaltos ni publicaciones; y una vida familiar dedicada a cuidar de su madre y hermanos, viendo crecer a sus sobrinos y, por último, aguardar la resurrección en el apacible cementerio de una iglesia rural anglicana.

Pero las cosas salieron de otro modo y su huella en la Inglaterra de su tiempo fue grande, a su pesar. Ahora solo quiero considerar lo relativo a las redes amistosas de este ser con marcada tendencia a la soledad pero, a la vez, intensamente afectivo⁹. Newman fue consciente de esa paradoja y sufrió como una voluntad de Dios el flujo en los afectos a que vio sometido su corazón. Hay en su obra varios homenajes a la amistad, elocuentes testimonios de su capacidad de amar. Citaré dos: el primero, en *Apologia pro vita sua*, retrata a los amigos como un inesperado regalo de Dios: «no era yo quien buscaba amigos, sino los amigos quienes me buscaban a mí. Nunca tuvo un hombre amigos más afectuosos y pacientes que yo». El final de este pasaje destaca por su tono de fidelidad a Dios y de paciencia heroica a lo Job: «Han venido y se han ido. Vinieron para mi gran alegría y se fueron para mi gran pena. El que me los dio me los quitó»¹⁰. Este tributo es una referencia a sus años como anglicano.

⁸ «Nunca se está menos solo que cuando se está solo» (CICERÓN, *De Officiis*, III, 1).

⁹ En sus años católicos Newman mantuvo todo un círculo de amistades femeninas, en casi todos los casos conversas, a las que aconsejaba, dirigía, sostenía y daba su opinión sobre todo tipo de asuntos con una claridad que a veces le levanta a uno las cejas; lo hizo mayormente a través de una correspondencia generosa y numerosa pero también con visitas personales que hacía o recibía. No puedo detenerme aquí en esta otra mitad de los amigos de Newman pero Short y sobre todo Sugg informan bien de él (ver Bibliografía).

¹⁰ *Apologia*, 63. A Robert Wilberforce confesó que perder a los amigos fue lo que más me pesó los dos años antes de hacerme católico, «and it affected my health most seriously» (LD, 16, 242). En una pared junto al altar de su capilla en su casa de Birmingham, colgaban retratos y recor-

El otro pertenece a sus años católicos y consiste en un homenaje a sus hermanos, solo seis, del Oratorio de Birmingham. El memorable texto, que va del panegírico a la oración, lo dejamos para el final.

UN MAESTRO Y UN DISCÍPULO

Ofrezco ahora un recorrido, no del todo arbitrario, por algunas de las relaciones humanas más importantes en la vida del futuro ¿cómo lo llamaremos: san Newman?

Empezaremos con su maestro y con un discípulo suyo. Ellos son Richard Whately y Mark Pattison¹¹. Tienen cosas en común: los dos dan mucho el tipo del clásico «don» de Oxford y, aunque no llegó a haber verdadera intimidad entre Newman y cada uno de ellos, la relación se rompió, en ambos casos por motivos ideológicos. Uno y otro representan muy bien el comienzo y el final de la etapa oxoniense de Newman. Parece que a Richard Whately (1787-1863), un veterano de Oriel college, le gustaba ser un poco pintoresco –recibir a un obispo con los pies en la mesa, hacer tutorías tumbado en el sofá y pasear con sombrero y abrigo blancos, por lo que le llamaban el Oso Blanco–. También le gustaba chincar a la gente de carácter reservado¹²; naturalmente, fue directo hacia Newman, comprobó su valía y lo puso bajo su ala¹³. *Elements of Logic* (1826) es una obra influyente de este intelectual que quiso combatir a Hume y otros racionalistas defendiendo que el cristianismo es una religión perfectamente razonable, apoyada en pruebas. Aunque para José María Blanco-White Whately resultaba demasiado ortodoxo, Newman supo ver más lejos: Whately era un creyente, sí, pero sus principios eran liberales y conducían –antes o después, si no en él, sí en otros– al liberalismo religioso y al escepticismo. Por ese motivo, a finales del año

datorios de los grandes amigos y amigas de Newman, por los que rezaba infaliblemente a diario. Tolhurst trae la lista (454 n. 2) y TRISTAM, H., *Newman and his friends*, London: John Lane, 1933, 168 (en adelante TRISTAM) una foto. En aquel cuarto todo sigue como lo dejó Newman al morir en 1890.

¹¹ Muchos detalles de mis semblanzas proceden del *Oxford Dictionary of National Biography*.

¹² WHATELY, J., *Life and Correspondence of Richard Whately*, 2ª ed., Londres: Longmans, 1868, 29.

¹³ Se dice que Whately dijo, en la Common Room de Oriel, «si tuviera que pedir tres deseos, juntaría los tres en uno y pediría “una cabeza como la de Newman”» (BOYLE, G. D., *The Recollections of the Very Rev. G. D. Boyle, Dean of Salisbury*, London: Edward Arnold, 1895, 89-90). Newman opinaba en 1826 que «Whately escribe para los que están intelectualmente por debajo de él» (NEWMAN, J. H., *Autobiographical writings*, en TRISTRAM, H. (ed.), New York: Sheed and Ward, 1957, 173. En adelante *Autobiographical*).

1820 Newman se apartó de Whately como mentor y cambió los amigos liberales que tenía hasta entonces por amigos más asentados en principios de la High Church: sacramentalidad, autoridad, tradición. Fue el comienzo de una conversión intelectual que le depositaría finalmente en Roma: «yo comenzaba a preferir la excelencia intelectual a la moral. Me deslizaba en dirección al liberalismo del día»¹⁴. En los años de 1850, el viejo Whately era Arzobispo de Dublín, par del Reino, miembro de la cámara de los lores, y Newman un tierno Rector de una inestable Universidad Católica en Dublín que, antes que astucia social, prefirió desplegar lealtad hacia su antiguo maestro y ofrecerse, varias veces, para una visita de cortesía. Pero tanto sus amigos como los del Arzobispo se lo desaconsejaron vivamente¹⁵. Diez años más tarde, en *Apologia* (58-64) Newman habló larga y generosamente de Whately, que acababa de morir¹⁶.

Amigo contumaz, Newman volvió a exponerse a un desaire aunque esta vez no se produjo en absoluto. Fue con Mark Pattison (1813-1884), el eterno Rector de Lincoln college, modelo de Edward Casaubon, el *scholar* de la novela *Middlemarch* de George Eliot, tan improductivo, frustrado y malcasado a los 50 años como el propio Pattison. Mark fue hombre de Oriel; allí llegó como estudiante en 1832, a tiempo para asistir al vigoroso arranque del Movimiento de Oxford al que se adhirió con decisión. Newman le invitó a unirse a un experimento de vida intelectual junto a otros jóvenes recién graduados en un casa alquilada cerca de Christ Church. Allí colaboró Pattison en la edición que estaba haciendo Newman de la *Catena Aurea* de santo Tomás, y empezó a publicar artículos en revistas High Church como el *British Critic* y el *Christian Remembrancer*; suyas son dos de las *Lives of the British Saints*, una serie que había lanzado Newman dentro de la ola tractariana. «Hace mucho que no me sentía tan entusiasmado con ningún trabajo como en estos momentos» le decía el joven Pattison a una hermana en aquellos años¹⁷. No obstante, en sus *Memoirs of an Oxford don* (London: Macmillan, 1885) Pattison reniega de su pasado tractariano y muestra su evolución hacia posiciones liberales y escépticas en religión. Son recuerdos atravesados por la amargura de una vida

¹⁴ *Apologia*, 61. Para el papel de la conciencia en la conversión cfr. Rumayor en Bibliografía.

¹⁵ LD, 1, 307.

¹⁶ Ver (*Autobiographical* 84-85) la necrológica de Newman; se publicó anónima en el *Weekly Register*. Zuijdwegt acaba de hacer un repaso de las relaciones entre ambos.

¹⁷ MONTAGUE, F. C., «Some early letters of Mark Pattison», *Bulletin of the John Rylands University Library* 18 (1934) 156-176. Cito 166-167.

dispersa y malograda. Jamás, sin embargo, se le oyó hablar mal de Newman. Al final de su vida, Pattison recibió esta carta:

Birmingham 25 de diciembre de 1883

Muy querido Pattison:

He sabido que estás muy enfermo. ¿Cómo es que yo que soy tan viejo sigo aquí, viendo marcharse a los más jóvenes?

Esto me lleva cuarenta años atrás, cuando tú, con Dalgairns y tantos otros que ya han muerto, entrabais en la vida.

Por el amor y el recuerdo de aquellos viejos tiempos entrañables, no puedo dejar de escribirte. ¿Puedo ayudarte de alguna manera? Al menos te puedo ofrecer mis oraciones, por poco que valgan.

Tuyo con afecto, John H Cardenal Newman¹⁸

¿Quién no querría recibir una carta así en su lecho de muerte?¹⁹ El encuentro se realizó, una semana más tarde. De él Newman solo dijo: «expressive of satisfaction and of hope»²⁰.

Y ya que hablamos de trances de muerte: William Lockhart, uno de aquellos impacientes conversos a los que Newman intentó frenar cuando estaban en Littlemore, leía a un amigo agonizante, el también converso Henry Oxenham (1829-1888), el *Dream of Gerontius* (1865), el poema que Newman había escrito sobre el alma que entra en la eternidad: «los dos nos pusimos a pensar en el venerado guía, y los dos coincidimos en lo mismo: “nadie como Newman”» (traducción mía)²¹.

EL SABOR DE LA AMISTAD: LOS DOS PRIMEROS

La tuberculosis se llevó a dos íntimos amigos de la juventud: John Bowden y Richard Hurrell Froude. Aunque Bowden (1798-1844) era un poco mayor que Newman –pero nacidos ambos un 21 de febrero–, los dos entraron al mismo tiempo en Trinity College que tenía fama de «college muy de caballe-

¹⁸ *Suyo*, 384.

¹⁹ Caso egregio de lo mismo ocurrió con su hermano Charles Newman, que había cortado toda relación con la familia, excepto para recibir la ayuda económica de sus hermanos Francis y John Henry (GARCÍA RUIZ, 435).

²⁰ TRISTAM, 24.

²¹ TRISTAM, 33.

ros». Newman, entonces un estricto calvinista recién convertido, no tardó en comprobar que, en aquel Oxford previo a las reformas, lo de «de caballeros» significaba que los aburridos señoritos que llenaban el lugar pasaban el tiempo comiendo, bebiendo... y lo demás. ¿Estudiar? Se cuenta que en 1814 una hermana del Zar de Rusia preguntó a un estudiante de noble cuna: «May I ask what your Lordship's studies are? / General, madam. / But what particular books do you read? / None, madam»²². Consigna Newman en su diario²³ cómo los caballeros intentaban agregarle a sus bambochadas y cómo le tomaban el pelo haciéndole creer que les interesaba la música²⁴. Se comprende que el ingenuo Newman refugiara su soledad y sus deseos de triunfo académico en la amistad de Bowden a quien había conocido al día siguiente de llegar a Oxford y con quien pronto escribió y publicó un poema muy antipapista sobre *La Noche de san Bartolomé* (1818), la escabechina de hugonotes a manos de católicos. Desde el principio y siendo laico, Bowden contribuyó con entusiasmo al Movimiento de Oxford: seis himnos para la *Lyra apostolica*, cinco Tractos y varios artículos para el *British Critic*. Tras pasar el invierno de 1839 en Malta, la isla que Newman había visitado en 1833 con Hurrell, el otro tuberculoso, Bowden fue perdiendo la salud hasta su muerte cuatro años más tarde. Son, precisamente, los años de agonía interior de Newman que, fiel a sus amigos, viajaba a Londres con frecuencia para estar con él; nunca quiso, sin embargo, inquietarle con sus profundos temores de que el Anglicanismo no era, y no había sido nunca, una iglesia sino un cisma. Fallecido Bowden, su viuda y sus hijos siguieron a Newman hasta la Iglesia Católica; los dos chicos fueron sacerdotes del Oratorio y una de las hijas, monja, pudo asistir al funeral de Newman. En casa de Bowden a Newman le llamaban «the great man» y este, en carta a Keble (14 sept. 1844) le decía que, en Oxford, Bowden y él pasaban la vida uno en el cuarto del otro, y que los demás estudiantes los confundían a los dos y, lo que es mucho más cómico, que cuando se casó, Bowden cometía ese mismo error y llamaba a Newman «Elizabeth» y a su mujer «Newman»²⁵. «Había pensado que [la] muerte [de Bowden] me daría alguna luz acerca de lo

²² BROCK, M. G., «The Oxford of Peel and Gladstone, 1800-1833», en BROCK, M. G. y CURTHOYS, M. C. (eds.), *The History of the University of Oxford, VI: Nineteenth-Century Oxford*, Part one, Oxford: Clarendon Press, 1997, 7-71, 41.

²³ *Suyo*, 30-33.

²⁴ «Lo primero que me sorprendió al entrar en la habitación fue ver una mesa grande; lo segundo oír a mi “mentor” anunciarme con una risita suave: “Mr Newman y su violín”» (*Suyo*, 31).

²⁵ TRISTAM, 57.

que debía hacer; pero no hubo luz». El 15 de septiembre de 1844 Newman lloraba amargamente sobre el féretro del amigo «al pensar que sigo a oscuras sobre cuál es el camino de la verdad y qué es lo que tengo que hacer para agradar a Dios y cumplir Su Voluntad»²⁶.

La afinidad de Newman con Richard Hurrell Froude (1803-1836) fue total desde su encuentro en Oriel college. Pero ese encuentro no se dio en 1821, fecha en que Newman fue elegido fellow de Oriel y Hurrell entró como estudiante en ese mismo college²⁷, sino en algún momento a partir de 1826 cuando Hurrell fue elegido fellow. Seguramente, Hurrell no gustaba a todo el mundo: era arrebatado y tenía esquinas peligrosas en su carácter y en su lengua, brillante y afilada, pero a la vez era encantador y dueño de un mundo interior intenso y desconcertante, como se vio luego en sus papeles póstumos. Newman encontró en él un alma gemela y perderlo fue para él una tragedia. Como Tutores, Newman y Hurrell encabezaron una reforma de la enseñanza en Oriel que ellos querían mucho más pastoral y de tú a tú, pero que les costó el puesto y el favor del Provost. La reforma fue abolida y ellos se quedaron sin estudiantes²⁸. La defenestración coincidió con una crisis en los pulmones de Hurrell que originó cuatro meses de convivencia diaria en un viaje al Mediterráneo que no sirvió para nada desde el punto de vista médico, pero sí para estrechar el afecto –viajar juntos es piedra de toque– y fermentar el Movimiento de Oxford, al que el pobre Hurrell pudo contribuir poco personalmente, aunque escribió varios Tractos²⁹. Suyo es el lema, tomado de Aquiles, que resume bien el ímpetu reformador de los dos amigos al regreso de aquella gira mediterránea: «Ahora que he regresado, veréis la diferencia»³⁰. Pero sí contribuyó Hurrell, de forma póstuma y estruendosa cuando Newman y John Keble –su tutor en Oriel– deci-

²⁶ *Apologia*, 265. «16 de septiembre 1844. [...] cuando se asiste al final bendito de la vida irreprochable de quien se nutrió del alimento de nuestra Iglesia y sacó de ella fortaleza, cuando se ve cómo ocurre lo mismo en toda una familia, cuyos niños pequeños hallan total consuelo al dolor en sus oraciones del *Prayer Book*, es imposible no sentirse más a gusto en nuestra Iglesia, por lo menos como [...] un lugar de refugio y descanso momentáneo en el desierto del camino» (*Apologia*, 266).

²⁷ Quizá porque en Oxford los amigos no dependen de los gustos sino de las escaleras... (ver *Perder y ganar*, 34).

²⁸ Lo cuenta muy bien CULLER, A. D., *The Imperial Intellect: a Study of Cardinal Newman's Educational Ideal*, New Haven: Yale University Press, 1955, 75-76 en su libro clásico, y SHRIMPTON, P., «More Poet than Policeman: Newman and Education "in a large sense of the word"», *Scripta Theologica* 51.3 (2019) 775-800 lo acaba de poner al día.

²⁹ El 9, 59, 63, quizá el 8, y un borrador del Tracto 75 que Newman terminó.

³⁰ *Apologia*, 83.

dieron publicar sus papeles íntimos. Los *Remains* [*Papeles póstumos*] cayeron como un rayo sobre el anglicanismo y abrieron un roto entre los Tractarianos que nadie pudo zurzir. Hubo indignación, burlas y rupturas con los temerarios editores por airear no solo detalles romanizantes del *ethos* y la piedad del difunto –el celibato, la Virgen, la Eucaristía, el Breviario, abnegaciones y mortificaciones corporales, autoanálisis– sino sus opiniones irreverentes sobre los Reformadores a los que aborrecía y acusaba de poner en circulación el espíritu racionalista. Hurrell fue un verdadero agitador e instaba a Newman a serlo él también. Su gran contribución al Movimiento la narró él mismo en los *Remains* de marras: «¿Has oído la historia del criminal que había hecho una cosa buena en su vida? Pues bien: si alguna vez me preguntan qué cosa buena he hecho yo, diré que he llevado a que Keble y Newman se entiendan uno al otro»³¹. No le faltaba razón a Christopher Dawson cuando, en su libro de 1933, consideraba a Froude el miembro más clarividente del Movimiento, ya centenario entonces.

EL MOVIMIENTO: KEBLE Y PUSEY

Al frente del Movimiento hubo un triunvirato. En Oxford existe Keble College desde 1870 y desde 1884 existe Pusey House. En el camino a Littlemore, ya en Rose Hill y casi en la glorieta del Ring Road, asoma el letrero de una calle secundaria: Newman Road. Que yo sepa, esa es toda la memoria que Oxford ha dedicado a Newman. Lo cual, por otro lado, es lógico. John Keble y Edward Pusey, sobre todo este, hicieron posible el anglo-catolicismo, mientras que la relación del *Establishment* con Newman casi siempre fue ambivalente: admirable y apóstata, brillante pero traidor.

Nunca tuvo Newman especial interés por los reconocimientos. Es indudable que, sin él, el Movimiento jamás hubiera sido lo que fue. No obstante, con devota elegancia y tino retórico, al final del primer capítulo de *Apologia* (84), Newman celebró así un oscuro sermón de John Keble, titulado *Apostasía Nacional*: «He considerado siempre, y he guardado ese día, como el inicio del movimiento religioso de 1833». Que a los tractarianos los llamaran también puseítas, por Edward Pusey, fue casi una broma. A finales de ese mismo 1833 Newman intentó que Pusey, todo un *Regius Professor*, escribiera algún Tracto;

³¹ FROUDE, R. H., *Remains of the late Reverend Richard Hurrell Froude, MA fellow of Oriel College, Oxford*, en NEWMAN, J. H. y KEBLE, J. (eds.), 4 vols., Londres: Rivington/Derby: Mozleys, 1838-1839, I, 438.

este aceptó a condición de firmarlo con sus iniciales –los Tractos eran anónimos–, no fuera nadie a pensar que él formaba parte de aquellas gentes³². Lo que ocurrió fue que Pusey no solo dio nombre al innominado grupo sino que le tomaron a él por el guía. Keble y Pusey reaccionaron con grandeza en el fatídico octubre de 1845 cuando Newman les hizo llegar su mensaje de que «espero para esta noche al Padre Domingo, Pasionista. Confío en que me recibirá en el que creo ser el Único y Solo Rebaño del Redentor». Pusey escribió al dorso: «Tu autem, Domine, miserere nobis. E.B.P. Kyrie eleison, Christe eleison, Kyrie eleison». Keble, presintiendo el contenido, llevó la carta encima todo el día sin atreverse a leerla³³. Ambos fueron amigos leales. No obstante, la relación quedó suspendida inmediatamente. En el verano de 1863, a la vuelta de uno de sus pocos viajes al extranjero, Newman se encuentra en su mesa una carta de Keble: la primera en 17 años. La respuesta de Newman es un tributo a la amistad que aquí estoy reconstruyendo y un despliegue de tacto. Y aunque puede leerse completa en *Suyo con afecto* (254-255), el lector se merece un aperitivo:

Nunca, ni por un momento, he dudado de tu afecto hacia mí; ni tampoco, nunca, me he sentido herido por tu silencio. Lo he interpretado fácilmente: no era el silencio de los hombres, ni el olvido de los hombres [...].

Siempre pienso en ti con respeto y cariño. No hay nada que quiera más que a ti, a Isaac y Copeland, y otros muchos que podría nombrar, excepto Aquel a quien debo amar por encima de todo y de todos. Quiera Dios, Él que es la recompensa infinita para todo lo que he perdido, darme su Presencia. Y entonces no querré nada más, no desearé nada más porque nadie sino Él puede compensarme de haber perdido esos entrañables amigos cuyos rostros veo continuamente como fantasmas.

Siempre tuyo con todo el afecto, John H Newman

Solo una vez más volvieron a verse los tres. Fue en septiembre de 1865 en Hursley, la parroquia rural de Keble (cerca de Southampton, Hampshire).

³² PREVOST, G. (ed.), *The autobiography of Isaac Williams: as throwing further light on the history of the Oxford Movement*, London: Longmans, Green & Co., 1892, 70-72.

³³ LD, 11, 9. Pusey en una carta: «Nuestra iglesia no ha sabido emplearle [...] Se ha ido –como todos los grandes instrumentos de Dios– inconsciente de su grandeza [...] abandonándose por entero en las manos del Altísimo. Así son los hombres en quienes Dios se apoya. Se diría no tanto que nos ha dejado como que ha sido trasplantado a otra parte de la viña» (LIDDON, H. P., JOHNSTON, J. O., NEWBOLT, W. C. E. y WILSON, R. J., *Life of Edward Bouverie Pusey*, 3ª ed., London: Longmans, Green, 1893 [2, 460-461]).

En el dietario de Newman se lee, lacónico: «Martes 12 septiembre 1865: ido a casa de Keble donde estaba Pusey; cenamos los tres; luego a Ryde a casa de los Bowden»³⁴. El relato, agridulce, concentra coincidencias sorprendentes; se encuentra en una carta de Newman a su último gran amigo, Ambrose St John, escrita en casa de su primer gran amigo, el difunto Bowden, donde se habla de dos grandes amistades recuperadas tras 20 años de silencio. ¿No es maravilloso?

Keble estaba en la puerta, no me reconoció, ni yo a él. ¡Qué gran misterio es esa primera mirada de dos amigos! Luego, mirándole más despacio, era su cara y sus gestos, como antes, pero el efecto y la impresión primeras fueron distintos. Su mujer se había puesto enferma otra vez esa noche y, en un primer momento, él –creo; y, desde luego, yo también– hubiera preferido tenerme lejos. Entonces me dijo «¿No has recibido mis cartas?», queriendo decir «Está aquí Pusey, te escribí para que no vinieras». Entonces me dijo «Voy a preparar a Pusey». Así lo hizo y después me llevó al cuarto donde estaba Pusey. Entré enseguida, y es extraño cómo el dolor se supera haciendo cosas. Pusey, que es hombre pasivo, estaba claramente asustado, retrocediendo hacia el rincón, lo mismo que yo hubiera hecho si él hubiera irrumpido sobre mí sin avisar. Se me quedó mirando un buen rato, despacio, no lo pudo evitar. Ah, pensaba yo, estás pensando en lo viejo que estoy, y yo me veo reflejado en ti, pero tú, me parece, estás más cambiado que yo. Me impresionó lo mucho que ha cambiado. No le diría esto a cualquiera; me dio pena y casi lágrimas. Pero le habría reconocido en cualquier parte. La cara no le ha cambiado, pero es como si la vieras con una lupa gigantesca. [...] La voz es la misma; si cerrara los ojos parecería que el tiempo no ha pasado.

Al sentarnos a la mesa los tres, me vinieron pensamientos que me hicieron sufrir como nunca; era un dolor, no agudo, pero sí dolor intenso. Ahí tienes tres hombres mayores que en su juventud trabajaron juntos con ardor. Esto han llegado a ser (pobres criaturas humanas); al cabo de 20 años se sientan de nuevo en torno a una mesa pero sin una causa que les una, sin poder pensar con absoluta libertad –los pensamientos son amables pero reprimidos–, opuestos en el modo de hablar, y todos con proyectos y planes frustrados.

³⁴ *Suyo*, 277.

Pusey está [...] lleno de polémicas y de planes de futuro. Keble es todo lo contrario; tan delicioso como siempre. Y hasta me pareció que siente hacia mí una simpatía y una intimidad que no ha llegado a tener con Pusey. Por lo menos me habló de él en un tono que no creo que él empleara con Pusey para hablar de mí. Hicimos una cena temprana y cuando a las 4 en punto sonó la campana para el oficio de la tarde, me metí en el calesín y otra vez desde Bishopstoke hasta Ryde, y aquí llegué entre 7 y 8. [...]

He quedado con Keble que volveré a su casa el lunes que viene, si su mujer está bien³⁵.

John Keble (1792-1866) fue lo más parecido a un director espiritual que tuvo Newman en sus años anglicanos, hasta el mismo día de su profesión de fe en la Iglesia católica. Pero por carta, a distancia, ya que no habían llegado a tratarse con intensidad porque Keble pasaba poco tiempo en Oxford y también porque Keble le llevaba casi diez años. Newman le admiraba profundamente porque, habiendo obtenido un legendario «double first» a los 18 años, Keble había renunciado a los privilegios oxonienses del «don» que tantos, incluido Newman, ambicionaban, para ejercer como pastor de almas en parroquias rurales. Aunque rara vez iba por Oxford, Keble seguía siendo fellow de Oriel y mantenía su influencia allí porque recibía grupos de estudiantes que se pasaban el verano con él preparando los exámenes finales: gentes como Robert Wilberforce, Isaac Williams y Hurrell Froude, que serían íntimos de Newman y agentes del Movimiento.

Keble pudo ser Provost de Oriel, pero, ¡qué cosas pasan!, Newman logró que saliera elegido el otro candidato; y este otro se volvió pronto uno de los grandes torcedores en la vida de Newman. Los versos de *The Christian Year* (1827) hicieron gozar a Newman al ver cómo Keble descubría en ellos al Dios escondido en la naturaleza y presente en la liturgia anglicana. Y es que Keble era casi el último de una raza extinguida ya en Inglaterra: los *non-jurors*, un grupo de clérigos que se negaron a jurar fidelidad al nuevo rey, el protestante Guillermo de Orange, importado en 1688 para impedir que un católico ascendiera al trono de Inglaterra. La teología de estos clérigos era la de los *Caroline Divines*: sacramentalidad, liturgia, sucesión apostólica del episcopado, autoridad, origen divino y catolicidad de la Iglesia. Keble transmitió todas esas

³⁵ *Suyo*, 277-279.

enseñanzas, casi arcanas ya, a Hurrell Froude mientras Newman, calvinista liberaloide entonces, era un colega de poco fiar; y a su debido tiempo, Froude se las hizo llegar a Newman que las asimiló y las proyectó a los cuatro vientos. En realidad el Movimiento de Oxford es justamente esto: una vigorosa resurrección de los mismos «Church principles» que le costaron la cabeza al arzobispo Laud y al rey Carlos I. Keble escribió nueve *Tracts for the Times* y se dice que dijo: «Si la Iglesia de Inglaterra llegara a desaparecer, la podréis encontrar en mi parroquia»³⁶.

Entiendo que con Edward Pusey (1800-1882), de aristocrática familia, erudito y pesadote de aspecto y de sintaxis, no llegó Newman a ligar una verdadera intimidad; sí proximidad, confianza y compañerismo. El epónimo del *puseísmo* fue quien completó, entre lágrimas, el servicio eucarístico iniciado por Newman el 25 septiembre de 1843 en la iglesia de Littlemore. Allí, ante unas ciento cincuenta personas, predicó Newman su último sermón como clérigo anglicano, titulado, precisamente, «Separarse de los amigos». Edward Bellasis, entonces solo un admirador lejano, intentó describir a su esposa el dolor y la solemnidad de la ocasión (63-65).

SUS DISCÍPULOS

Empecemos con Isaac Williams (1802-1865), el poeta del Movimiento, un firme tractariano, dotado de una invencible aversión a la Iglesia de Roma. Newman le escribió mucho durante su viaje al Mediterráneo porque era su coadjutor en la iglesia de Santa María y lo sería luego también, además de gran apoyo, en Littlemore. Williams tenía un profundo afecto por Newman, puesto duramente a prueba por la gran catástrofe de octubre de 1845. Williams procedía del círculo de Keble, fue autor del polémico tracto 80 y tuvo el gran mérito de coeditar diez tomos de *Plain Sermons by Contributors to the Tracts for the Times* (1839-1848) con la intención de dar una versión moderada del Movimiento que hiciera olvidar la histeria provocada por los *Remains* de Froude. Cuando, poco después, hubo que cubrir la cátedra de poesía en Oxford, Williams, el candidato obvio, fue eliminado por sus ideas tractarianas. Vivió sus últimos veinte años discretamente y con poca salud. Newman, que sabía que, a pesar de todo, Williams siempre le había seguido la pista con cariño, alcan-

³⁶ CHADWICK, O., «The limitations of Keble», *The spirit of the Oxford Movement: Tractarian essays*, Cambridge: University Press, 1995, 54-62, 62.

zó a verle, en Stinchcombe, poco antes de morir este. En 1840 Newman le había dedicado su libro *The Church of the Fathers*. En 1857, con lealtad y tacto, modificó y amplificó la dedicatoria de la nueva edición: «Para un amigo, / tan querido para mí hoy / como cuando su nombre figuraba aquí / y arrojaba luz sobre estas páginas. / Cuyo corazón, en las manos de Dios está que / entre a gozar de la sagrada mansión / que es tanto la Iglesia de los Padres / como la morada de los hijos».

William Copeland (1804-1885) hace bastante pareja con Isaac Williams: como este, fue clérigo de ideas High Church, fellow de Trinity College y el otro editor de los *Plains sermons* recién mencionados. También fue coadjutor de Newman en Littlemore, durante los últimos años. Más discreto aún que Isaac, hasta la casi invisibilidad, concibió tal frustración por que la Iglesia de Roma rehusara cualquier unión con la Anglicana que no quiso que las cartas de Newman a él dirigidas cayeran en manos católicas después de su muerte. Sin embargo, quiso a Newman muy sinceramente, y fue de los muy pocos que se reunieron para despedirle el 23 de febrero de 1846 cuando aquel dejó Oxford para siempre. El discreto Copeland, a su manera, fue importante en la vida de Newman porque, un día de junio de 1862, quince años después de aquella despedida, los dos se toparon por casualidad en las calles de Londres. Copeland fue a Birmingham a ver a Newman y se alojó en el Oratorio. Se corrió la voz y los amigos del otro lado de la barrera empezaron, poco a poco, a escribir y hasta a dejarse caer por la casa del desaparecido pero nunca olvidado Newman. Estos y otros amigos acudieron al rescate cuando, poco después, en 1864, Newman fue atacado y envuelto en la polémica que dio lugar a la *Apologia*.

Henry Arthur Woodgate (1801-1874), fue fellow de St John's College, Oxford, y oscuro clérigo –carece de entrada en el *Oxford Dictionary of National Biography*–, titular de una iglesia rural cerca de Birmingham, la ciudad donde pasó Newman los últimos 40 años de su vida. Eran amigos por lo menos desde 1825, pues Woodgate estaba en casa de los Newman cuando la pequeña Mary Newman enfermó de repente y murió en el plazo de pocas horas. En 1839 Woodgate dedicó sus Bampton Lectures a Newman que era padrino de su hija mayor. Newman aludió a él así de discretamente en *Apologia*: «dos personas que me conocían íntimamente entonces viven todavía, son clérigos con beneficio, ya no son mis amigos». Woodgate enseguida le escribió para decirle que no se quejaba de esas palabras pero que siempre le había recordado con afecto. A partir de entonces se vieron en el Oratorio y en Rednal, la casa de

descanso de los oratorianos cerca de Birmingham. Newman lo visitó poco antes de su muerte. Otro más.

A Samuel Rickards (1796-1865) lo traigo aquí brevemente por ser «el otro» amigo íntimo aludido en *Apologia*; que sí dejó de serlo. Amigo de la familia y hombre de Oriel por los cuatro costados –como estudiante y luego fellow–, coincidió poco allí con Newman. En 1833 se escribían con frecuencia porque Rickards estaba bastante involucrado al principio del Movimiento cuando las reformas políticas tenían en vilo a los eclesiásticos anglicanos, pero pronto surgieron desavenencias que rompieron la amistad. Uno de sus sobrinos Mozley, no obstante, llevaba Rickards como *middle name*.

ORIEL: CONVERSOS Y NO CONVERSOS, PERO AMIGOS

Los Wilberforces fueron toda una saga, empezando por el padre (William, 1759-1833), el político que logró la abolición del tráfico de esclavos en el Imperio Británico. De los hijos, uno, Robert Wilberforce (1802-1857) fue colega y amigo muy cercano de Newman; el otro, Henry (1807-1873), menos firme de carácter, fue un discípulo muy querido³⁷. Tanto Robert como Henry se formaron en Oriel, fueron tractarianos y, antes o después, siguieron a Newman hasta la Iglesia católica. El primero estudió brillantemente y en el momento más oportuno se convirtió en colega de las cuatro fuerzas del Movimiento: Keble, Newman, Pusey y Hurrell Froude. Con Newman y Froude hizo Robert causa común en el asunto de las tutorías. Pero al casarse y marchar de Oxford, la relación cesó, mientras Robert se iba convirtiendo en el gran teólogo anglicano del Movimiento post-newmaniano; hasta que en 1854, tras una larga crisis similar, marchó a París, donde fue recibido como católico, discretamente.

La relación de Newman con el hermano menor Henry (1807-1873) fue del todo paterno-filial y tiene mucho que ver con el ideal newmaniano del apóstol célibe que él quiso para sí, y quizá para otros. Y aquí es donde entra

³⁷ Newman consideraba «an arctic winter» el sistema imperante en Oxford donde los profesores no ejercían una influencia personal sobre los alumnos (*Discipline and Influence*, 74). He aquí su retrato del clásico «don»: «He conocido un lugar donde los atributos del profesor eran unas maneras estiradas, un voz pomposa, la frialdad y la condescendencia; donde el profesor ni conocía, ni le preocupaba lo más mínimo conocer –y además hacía gala de no querer conocer– las irregularidades de la vida privada de los estudiantes a su cargo» (*Discipline and Influence*, 75). De los jóvenes que se le acercaban Newman rechazaba el «sir» y el «Mr». Les decía, en cambio, «Call me Newman». Ver Shrimpton.

Henry, a quien Newman tomó mucho cariño, tras cuatro veranos leyendo, estudiando y conversando en casas que alquilaban en el campo junto a otros pocos estudiantes. Henry era un tractariano entusiasta y brillante pero de carácter algo indeciso. Pensó en la abogacía pero acabó haciéndose clérigo. Cuando el hijo-discípulo decidió casarse, pensó que el padre-maestro se sentiría defraudado y buscó una solución pésima: escurrir el bulto y hacerle llegar la noticia a través de Harriet, la hermana de Newman. Pero Harriet no se dio por enterada y no le dijo nada a John Henry. Al enterarse finalmente, Newman empezó así su carta a Henry (carta que luego no envió): «Querido, pobre y tonto Henry: querido, por “los viejos tiempos”; tonto por pensar mal de mí, y pobre porque supongo que lo habrás pasado mal sospechando de mí»³⁸.

La intimidad no se perdió nunca, como se ve años después, cuando, en la austera soledad de Littlemore, Newman pensó en Henry Wilberforce. Estaba Newman terminando de escribir un texto muy íntimo donde buscaba la mano de Dios durante la enfermedad que casi se lo lleva a la tumba en Sicilia. En los últimos compases del relato, el recuerdo de Henry se vincula a su entrega total a Dios y al celibato como una protesta contra la mundanidad:

Mientras escribo esto, siento continuamente la presión de esta pregunta: ¿para qué escribo esto? Puede que yo lo vuelva a leer una o dos veces en toda mi vida, y ¿qué sentido tiene, qué solidaridad se puede despertar del hecho de que yo lo mire? ¿A quién tengo yo, quién puedo tener, que se interese por ello? Iba a decir que solo tengo a una persona que haya sentido ese tipo de interés afectuoso por mí como para que le guste conocer este tipo de detalles; esa persona es Henry Wilberforce pero ¿cuándo volveré a verle? [...] Todos mis hábitos durante años, mis inclinaciones, son hacia el celibato. No soy capaz de tomarme el interés hacia las cosas del mundo que exige el matrimonio. Estoy demasiado a disgusto con este mundo. Y sobre todo, y digan lo que quieran, me repugna la idea de un clérigo casado. No digo que no responda a la ley; no les niego ese derecho pero, sea o no un prejuicio mío, me escandaliza. [...] ¿A quién le gustará que le cuenten detalles como los que he apuntado aquí? ¿Tendré alguna vez, cuando sea viejo, hijos espirituales que se interesarán como lo hace una esposa?³⁹

³⁸ *Suyo*, 90. Ver también el memorando «Malentendido con Henry Wilberforce» (*Suyo*, 90).

³⁹ GARCÍA RUIZ, 409.

Henry se hizo católico en 1850, precedido por su mujer. Habiendo renunciado a las rentas de una vicaría muy sustanciosa, durante veinte años tuvo que ganarse la vida con la pluma y el periodismo. Su *Weekly Register*, semanario católico de posturas abiertas, era algo así como el rival del *Tablet*. En abril de 1873 Newman contaba a su hermana Jemima los dos días que pasó en casa del envejecido y agonizante Henry⁴⁰. A final de ese mismo mes, predicaba el funeral del hijo-amigo. Al poco, sus hijos publicaron unos escritos de Henry: *The Church and the Empires*. La semblanza biográfica la escribió Newman.

A un nivel semejante de intimidad y de expectativas por parte del maestro estuvo Frederic Rogers (1811-1889), su último pupilo. La conversión de Newman, sin embargo, supuso un serio revés en la relación con quien llegaría a ser un hombre importante en la sociedad victoriana y, más concretamente, en los asuntos coloniales del Imperio. Parece ser que Rogers llegó a Oriel enviado desde Eton College porque Newman pidió a uno de los *masters* que le enviara buenos elementos desde ese internado. A Oriel llegó Rogers en 1828, ganó el único «double first» de 1832 y al año siguiente fue elegido fellow del college. Newman no pudo votar ni asistir a las pruebas porque estaba en el Mediterráneo, preocupado, y con algo de remordimiento, por si las cosas se torcían. Siempre diligente, se ocupó, no obstante, de escribir al Provost desde Gibraltar meses antes de la elección dándole a conocer ciertos detalles relevantes sobre el estado patrimonial de la familia⁴¹. Newman se enteró de la noticia estando en Palermo, por un periódico, que no pudo sino besar, lleno de alegría. Newman había sido su tutor, supervisado sus lecturas y le cedió sus habitaciones en Oriel para que no tuviera que irse a casa y se preparara bien allí; y sin gastos. Rogers, al igual que otros del círculo newmaniano, visitaba a la madre y a las dos hermanas en Iffley, con la flotante intención de que «sur-giera algo» entre alguno de ellos y alguna de ellas.

Newman se dio cuenta de que los periodos de intimidad con ciertos amigos –*contubernium* los llamaba– eran de siete años: así fue con Hurrell, entre 1827 y 1834, y con Rogers entre 1833 y 1840. «Cuando le vi subir en el coche para irse al Continente, pensé en los siete años, y me pregunté si nos volveríamos a ver alguna vez»⁴². El comentario se explica porque Rogers era de

⁴⁰ *Suyo*, 328-329.

⁴¹ GARCÍA RUIZ, 143-144.

⁴² TRISTAM, 122.

los poquísimos a quien Newman había admitido en su secretas dudas sobre la Iglesia anglicana. En 1843 Rogers creyó su deber establecer un cortafuegos: «no deseo que nos veamos de nuevo sin haberte dicho, de una vez para siempre, lo que espero que no juzgues superficial o falso: no puedo ocultarme a mí mismo lo muy improbable, seguramente imposible, que es que recuperemos la amistad que hemos tenido hasta ahora»⁴³. Así eran las cosas en aquellos tiempos. Alegra saber que, en la crisis del Tracto 90, el leal Rogers habló de Newman como de un amigo «venerado como poco hombres lo son». Cuando se reencontraron por primera vez en 1863, cuenta Newman que Rogers se echó a llorar «y no me soltaba las manos; lo primero que me dijo fue: ¡que cambiado estás!». En seguida volvieron a entenderse, «como dos relojes a la misma hora» y ya mantuvieron el contacto hasta el final⁴⁴. Hasta 1845 Rogers siguió como fellow pero basculando entre Oriel y Londres, donde empezó a tratar a gentes como el abogado James Hope (con quien pasó un invierno en Roma) o el grupo de laicos tractarianos en torno al futuro primer ministro William Gladstone. Con el futuro *Dean* Richard Church había intimado Rogers en Oxford y con él pasó un verano viajando por el norte de Francia. Doy estos detalles para mostrar el flujo reticular de las amistades, denso pero bastante abarcable. Ya en Londres, la carrera de Rogers como hombre público fue tan ascendente que fue el primer caso de funcionario (aunque ya era *baronet* por familia) en recibir un título nobiliario: Barón Blachford. Los últimos 20 años de su vida los pasó en su gran finca, muy cerca de Dartington, la tierra donde muchos años antes había muerto otro grande en el afecto newmaniano: Hurrell Froude⁴⁵.

Richard Church (1815-1890) –*Dean* Church porque lo fue de la catedral de San Pablo en Londres– marcó como el momento clave de su vida la tarde de febrero de 1836 en que escuchó a Newman predicar su sermón «Los riesgos de la fe», uno de los sermones parroquiales más memorables. Church sin-

⁴³ TRISTAM, 124.

⁴⁴ TRISTAM, 125-126.

⁴⁵ Escribiendo en 1865 a una hija del difunto John Bowden, mencionaba Newman el número exacto de años, 24, desde su ruptura con Rogers hasta un nuevo encuentro, en la consagración arzobispal de otro tractariano y converso, Edward Manning. «Estas recuperaciones son muy agradables pero también muy dolorosas. Él y otro gran amigo que estaba allí también [*Dean Church*], me han regalado un violín» (*Suyo*, 276). Rogers y Church quisieron celebrar así la amistad recuperada. Rogers y otros tractarianos de su mismo talante comenzaron el semanario *The Guardian* (1846-1951) que fue durante mucho tiempo el periódico anglicano más importante. Ahí publicó C. S. Lewis, por entregas, sus *Screwtape Letters* en 1942.

tió aquel domingo «una llamada directa a un vida religiosa más profunda»⁴⁶. Aunque procedía de Wadham, un college evangélico, en 1838 ganó una fellowship de Oriel, desbancando a Mark Pattison. Allí intimó con Rogers y con Newman en las difíciles fechas de entre 1841 y 1845. Tradujo para la *Library of the Fathers* y, siendo Proctor, Church tuvo el coraje de vetar la censura formal que la Universidad, instigada por los Jefes de College, había propuesto contra el Tracto 90. Al año siguiente quiso estar en el Radcliffe Observatory donde Newman pasaba su última noche en Oxford. Ya cardenal y con 85 años, Newman pasó tres días en la casa de los Church aneja a San Pablo. Fue uno de sus últimos salidas de Birmingham. Las hijas de Church le querían mucho. Gracias a ellas conoció *Alice in Wonderland* y a una de ellas le regaló el «violín de la amistad» –el que Church y Rogers le habían regalado al reencontrarse– porque a su edad ya no podía seguir tocándolo. La verdad es que se había apegado al violín tanto como al viejo capote de Sicilia. Una de las hijas recordaba que, en el entorno de *Dean Church*, Newman «was a name apart»⁴⁷. Y el mismo Church destacaba en su necrológica del *Guardian* «how unique he was». Su libro clásico sobre *The Oxford Movement: twelve years, 1833-1845* destila reverencia por el amigo⁴⁸.

TRES HOMBRES DE LEYES

Otro grupo compacto es el de tres destacados abogados, los tres tractarianos, los tres conversos, los tres grandes apoyos en la vida de Newman: Hope-Scott, Bellasis, Badeley. Laicos los tres, que fortificaron seriamente las intuiciones sobre el papel del laicado que Newman se trajo a la Iglesia Católica desde su tradición anglicana y sus estudios patrísticos⁴⁹.

James Robert Hope-Scott (1812-1873), hijo del fundador de la academia militar británica de Sandhurst, fue abogado ante el Parlamento especializado en legislación de ferrocarriles, entonces la gran revolución social. Su apabullante brillantez y competencia profesional le permitieron ganar una

⁴⁶ TRISTAM, 183.

⁴⁷ TRISTAM, 193.

⁴⁸ En diciembre de 1879, como regalo por el cardenalato, un grupo de estos tractarianos, fieles y espléndidos –Lord Blachford, Lord Coleridge, Copeland, *Dean Church*– le regalaron una berlina, con escudo y todo en la puerta (*Suyo*, 370-371).

⁴⁹ Ver más en FORD, J. T., «La eclesiología en John Henry Newman», *Scripta Theologica* 51.3 (2019) 741-773.

fortuna que invirtió en obras de caridad, construcción de iglesias, escuelas y apoyo a la causa católica. Solo en Escocia gastó unas 40.000 libras durante los últimos años de su vida. Su trayectoria vital incluye Eton College (1828), Christ Church (1829) y una *fellowship* en Merton College (1833) donde también fue *bursar*, el del dinero. Su carrera como *barrister* (letrado en tribunales superiores) y su gran amistad con Newman comienzan más o menos a la vez, en 1838.

El camino de Hope hacia la Iglesia católica se parece bastante al de Newman: una larga crisis desde el tractarianismo que culminó en 1851 en la iglesia jesuita de Farm Street, Londres. Hicieron mucha mella en él las conferencias que Newman había dado en 1850 sobre los prejuicios anglicanos contra la Iglesia católica (*Certain Difficulties Felt by Anglicans in Catholic Teaching*). Hope fue un hombre de gran piedad y de conducta ejemplar, muy solicitado como consejero. «Pregúntale a Hope» era frase común en el Oratorio de Birmingham cuando surgía cualquier asunto. Y cuando le sondearon sobre la Universidad Católica de Irlanda, replicó «Lo primero, háganse con Newman», que aceptó la empresa. Para su desgracia, porque las muchas tribulaciones y el tremendo desgaste de que un inglés, además converso, pusiera en marcha una universidad católica en aquel Dublín desvencijado y hambriento⁵⁰ se combinaron con el caso Achilli, una denuncia contra Newman por libelo que a punto estuvo de llevarle a la cárcel. Hope le apoyó sin fisuras en el caso, fruto de prejuicios antipapistas muy arraigados en el país y le ofreció su casa de Abbotsford, al sur de Edimburgo. Newman pasó allí seis semanas, por orden de su obispo, recuperándose de un agotamiento crónico. Abbotsford había pertenecido a sir Walter Scott y Hope la había heredado a través de su primera esposa, nieta del novelista. Ese el motivo de su cambio de apellido a Hope-Scott.

Fue también el principal consejero y promotor económico en la fundación de la Oratory School. Pero sobre esto volveremos. La vida de este hombre lleno de encanto y a la vez reservado incluyó una buena cuota de dolor. Su primera esposa, que se había hecho católica, murió al dar a luz a su segundo hijo, que también murió. El primero, de poco más de un año, murió también a los pocos días. Tres años más tarde, en 1861, Hope volvió a casarse con una hija del duque de Norfolk, que también murió al dar a luz. Ocurrió en 1870 y

⁵⁰ Con un episcopado dividido, y otros problemas para la empresa universitaria de Newman, que Barr se complace en destacar –quizá en exceso–.

el pobre James no pudo superarlo⁵¹. Dejó la abogacía y a los tres años murió en su casa de Londres (7, Hyde Park Place). Desde 1903, ese lugar lo ocupa un convento donde unas hermosas placas mantienen la memoria de los dos grandes amigos. El 29 de abril de 1873 Newman se encontraba en Stroud (Gloucestershire) predicando en el funeral de Henry Wilberforce. De vuelta en Birmingham se encontró el telegrama con la muerte de Hope-Scott ese mismo 29 de abril. A los pocos días, después de abordar de nuevo uno de esos trenes que Hope tanto ayudó a expandir, Newman predicaba un memorable sermón que resumía maravillosamente la vida de Hope-Scott: «En el mundo pero no del mundo». En aquella misma iglesia, la de Farm Street, tanto Hope como el arzobispo Manning, allí presente, habían sido recibidos en la Iglesia católica. El retrato de este hombre, llamativamente apuesto, destaca entre los que Newman tenía en su cuarto en Birmingham.

A diferencia de casi todos los demás, Edward Bellasis (1800-1873) no llegó a Newman y al tractarianismo desde Oxford sino desde la rama londinense, es decir, la iglesia de All Saints en Margaret Street adonde acudía diariamente. Allí durante los años 30, la década de las grandes reformas en Inglaterra, acudían jóvenes profesionales atraídos por ese anglicanismo en fase de reforma catolizante. Su lazo con Newman fue progresivo y deliberado: primero, tratos y sermones, leídos. Impresionado, Bellasis decide regresar a Londres desde la Isla de Wight pasando por Oxford –que *no* pilla precisamente de paso– para oírle predicar. Al año siguiente, 1839, armado con una carta de presentación, Bellasis se personó en Oriel para conocer al vicario de Saint Mary's. Asistió, y narró el adiós de Newman como clérigo anglicano en 1843. A Bellasis le estomagaba el sectarismo protestante contra Roma; y quedó muy edificado por la sencillez con que los viejos católicos terratenientes hacían sus oraciones en la capilla de sus casas con la casaca roja y las botas de montar ya puestas, antes de salir de caza; o por la devoción con que la señora de la casa preparaba los lienzos de la Misa y hacía genuflexión ante el Sacramento⁵². Desde su entrada en la Iglesia católica, junto a su mujer e hijos, en 1850, y hasta su muerte, Bellasis fue un apoyo permanente para Newman.

⁵¹ «In the afternoon, dear Papa [...] said out loud his favourite prayer, Fiat, laudetur, atque in aeternum superexaltetur, justissima, altissima, et amabilissima voluntas Dei in omnibus. Amen» (ORNSBY, R., *Memoirs of James Robert Hope-Scott of Abbotsford*, 2 vols., London: John Murray, 1884, 2, 246).

⁵² BELLASIS, E., *Memorials of Mr Serjeant Bellasis, 1800-1873*, 3ª ed., London: Burns Oates and Washbourne, 1923, 117. En adelante BELLASIS.

Muchas cosas y varios proyectos unen a Bellasis con su gran amigo Hope: fue un destacado jurista, con el título de *Serjeant at Law* –uno de los tres magistrados principales de la ciudad de Londres–. Acudió en ayuda de Newman en el caso Achilli y, pensando en sus muchos hijos y en los hijos de otros conversos, insistió a Newman en que pusiera en marcha un colegio católico como las *public schools* en que ellos se habían educado. Resultado: la Oratory School en Birmingham. Era habitual que, si al ir o volver del Parlamento Bellasis coincidía con Hope-Scott, en el coche de punto sacaran cada uno su rosario para rezarlo en el trayecto a casa; y si iba con un sacerdote o se dirigía a un lugar católico, siempre daba propina extra al cochero para dinamitar sus probables prejuicios anticatólicos⁵³. Aunque no era especialmente rico, tuvo una casa en Hyères, en el sur de Francia, donde inveró, ya enfermo, muy cerca de Villa Madonna, la propiedad de Hope-Scott. Los dos murieron con diferencia de cuatro meses. Entre uno y otro falleció, Henry Wilberforce, otro íntimo, en 1873, año *mortal* para Newman.

Llamaba la atención la gran bondad de Bellasis. Solía decir que «la mayor alegría está en dar alegría a los demás; lo siguiente que hay que procurar es sentir dolor al causar dolor. Y hay que eliminar estos dos sentimientos: el dolor de dar alegría a los demás y la alegría de hacer daño a los demás»⁵⁴; buena variante de la famosa definición newmaniana del *gentleman*: «one who never inflicts pain»⁵⁵. Le gustaba mucho, y a mí también, este chiste del *Punch*: «Si usted no tiene nada que decir, dígallo y siéntese». Un carácter tan maravilloso –se decía que «he would find a good side to a bad shilling» [era capaz de verle el lado bueno hasta a un chelín mal hecho]– merecía que Newman, al dedicarle su *Grammar of Assent*, calificara su larga amistad como «sunny». Los Bellasis fueron una familia muy próxima a Newman. De sus trece hijos, dos fueron oratorianos en Birmingham y tres religiosas.

Edward Badeley (1803-1868) fue decisivo para Newman en dos momentos: el caso Achilli y la *Apologia*. Giovanni Achilli (1802-¿?) era un lujurioso ex-fraile apóstata que, invitado por grupos protestantes y recibido por el Ministro de Exteriores, recorría Inglaterra dando mítines anticatólicos dentro de la campaña «No Popery!» desatada en 1850 por miedo a la restauración de la jerarquía católica en la isla y por las frecuentes conversiones a Roma. En una de

⁵³ BELLASIS, 151.

⁵⁴ BELLASIS, 127.

⁵⁵ NEWMAN, J. H., *The Idea of a University*, SVAGLIC, M. J. (ed.), Notre Dame: University of Notre Dame Press, 1986, 159.

las conferencias de *Present Position of Catholics in England*, Newman habló de las fechorías de Achilli y este decidió demandarle por calumnia. Badeley y otros consejeros legales no pudieron evitar que, víctima de la histeria colectiva y los prejuicios del jurado, Newman fuera condenado por un juez anticatólico que aceptó lo que claramente era un juramento en falso por parte de Achilli, impidió al acusado leer su alegato y rechazó pruebas y testigos a su favor. Newman vinculó la muerte de su hermana Harriet a todo este escándalo.

Apologia por vita sua es el gran libro de Newman y la ocasión de un brillante *comeback* desde la oscuridad y el olvido al respeto general del público victoriano. Su origen estuvo en unas palabras insolentes y en un consejo legal de Badeley. La insolencia procedía de un clérigo y escritor entonces bien conocido que acusaba a Newman y a todo el clero católico de retorcer sistemáticamente la verdad. El clérigo ofreció unas disculpas que Newman, y sobre todo Badeley, juzgaron inaceptables. En unas pocas semanas, entre abril y junio de 1864, Newman publicó por entregas un relación extensa y conmovedora donde, ¡por fin!, podía explicar a sus compatriotas el cómo y el por qué de su conversión: la historia de sus opiniones religiosas. Cuando agotado por jornadas de hasta veinte horas escribiendo y reviviendo, publicó el último de esos cuadernillos, casi nadie en Inglaterra se acordaba ya del clérigo imprudente. Pero sin el firme consejo de Badeley, es probable que nunca hubiera existido la *Apologia*.

La conversión de Badeley siguió un curso muy parecido al de sus amigos Hope y Bellasis. Hombre de Oxford, Badeley fue admitido como *barrister* en 1841 y se especializó en los laberintos de la legislación eclesiástica. Intervino muy de cerca en el caso Gorham (1850), un caso que desbordó la paciencia de muchos tractarianos con el Anglicanismo y los llevó a Roma. Badeley fue uno de ellos, el futuro cardenal Manning fue otro, lo mismo que Hope y Bellasis⁵⁶. Newman le estuvo infinitamente agradecido, aunque la intimidad entre ellos no fuera tan intensa como con los otros dos juristas conversos. Al saberlo enfermo, Hope viajó expresamente desde Hyères y lo estuvo visitando a diario durante varias semanas hasta que murió, con Hope a su lado, en sus habitaciones de Inner Temple, donde Badeley vivía soltero.

⁵⁶ El obispo de Exeter se había negado a recibir en su diócesis al reverendo G. C. Gorham porque este no aceptaba el carácter sacramental del Bautismo. Badeley defendió al obispo frente a Gorham en el caso que se veía en el Privy Council (o sea, la Corona), una autoridad civil que acabó imponiéndole a un obispo lo que debía ser un sacramento y lo que no. Muchos llegaron entonces a la misma conclusión que Newman cinco años antes: la Iglesia de Inglaterra no era la verdadera Iglesia de Jesucristo, y nunca lo había sido.

VIEJAS Y NUEVAS AMISTADES

Los años católicos de Newman caben cómodamente en el homenaje a sus hermanos-hijos del Oratorio de Birmingham, que he anunciado más arriba:

Termino esta historia tan personal con el nombre de san Felipe y en la fiesta de san Felipe. Siendo así, a nadie puedo dedicarla mejor en señal de gratitud y afecto que a los hijos de san Felipe, mis hermanos de esta casa, los sacerdotes del Oratorio de Birmingham: Ambrose Saint John, Henry Austin Mills, Henry Bittleston, Edward Caswall, William Paine Neville y Henry Ignatius Dudley Ryder, que me han sido tan fieles, se han preocupado de mis necesidades, han disculpado mis defectos, me han llevado adelante en medio de tantas dificultades y no han ahorrado sacrificio que yo les pidiera; han sido alegres cuando yo transmitía desánimo y han hecho miles de cosas buenas de las que yo me he llevado el mérito. Con ellos he vivido tanto tiempo, y con ellos espero morir⁵⁷.

Dicho lo cual, dedica Newman un párrafo especial a Ambrose St John, mi última micro-semblanza de esta serie. St John (1815-1875), hombre de Christ Church y probable asistente a los sermones parroquiales de Newman en Saint Mary's, fue coadjutor (1841-1843) de Henry Wilberforce hasta que sus crecientes dudas religiosas lo enviaron a Littlemore con idea de hacer allí vida monacal con Newman durante unos meses y serenarse; pero ya nunca se separó de él. Newman vería como gran providencia que de un discípulo amado como Henry Wilberforce le llegara otro discípulo amado como St John; que se hizo católico pocos días antes que Newman —es decir, por su propia cuenta—, con él fue a Roma, se ordenaron juntos y juntos vivieron como oratorianos en Birmingham; St John, como la mano derecha de Newman en los trabajos sacerdotales, en la frustrada versión inglesa de la Biblia y en el gobierno del Oratorio. Ambrose era un buen lingüista moderno y clásico, muy interesado en lenguas orientales como el hebreo y el siríaco, que había estudiado con Pusey. Dominaba el francés, el italiano, el alemán y el español —Newman solo leía francés y un poco de italiano—, y tenía sus propios proyectos literarios.

En enero de 1862 St John dejó todo eso que tanto le gustaba cuando Newman le pidió que se hiciera cargo de la Oratory School que se estaba yen-

⁵⁷ *Apologia*, 317.

do a pique⁵⁸. Su berroqueña lealtad y devoción por Newman se mereció cien veces este maravilloso párrafo de elogio que tanto admiró a la muy perceptiva George Eliot⁵⁹:

Y especialmente a ti, querido Ambrose St John. Dios te puso a mi lado cuando me quitó a todos los demás; tú eres el nexo entre mi antigua y mi nueva vida, tú llevas veintiún años dedicado completamente a mí, con tanta paciencia, tanta dedicación, tanto cariño; tú has permitido que me apoyara en ti con fuerza; cuando había algo que me afectara, tú no tenías ojos más que para mí, y nunca pensaste en ti mismo⁶⁰.

Pero aún hubo más tras este memorable cierre en la *Apología*. Asmático y gastado, Ambrose había dejado la Oratory School cuando, para ayudar a Newman en la polvareda que se armó en Inglaterra por la declaración de Infallibilidad del Papa, se avorazó a traducir un libro del patrólogo austriaco Joseph Fessler (1813-1872), *Die Wahre und die falsche Unfehlbarkeit der Päpste [La verdadera y la falsa infalibilidad de los Papas]*. Newman no sabía alemán y necesitaba conocer la autorizada opinión de Fessler, que había sido el secretario del Concilio Vaticano, porque estaba escribiendo su *Carta al Duque de Norfolk* (1875) como réplica al folleto de William Gladstone *The Vatican decrees in their bearing on civil allegiance: a political expostulation* (London: Murray Pickering, 1874-1875), donde se ponía en duda el patriotismo de los católicos ingleses después de la declaración dogmática del Concilio. En situación tan delicada, Newman no podía cometer errores ante los católicos ultramontanos, que no faltaban en Inglaterra.

El pobre St John lo logró pero cayó enfermo y pocos meses después de publicado el libro⁶¹, perdió la cabeza y murió inesperadamente sin que Newman llegara a tiempo de acompañarle. En carta a una mujer, Newman contó que, la última vez que se vieron, Ambrose «me echó los brazos al cuello y me dijo que a nadie había querido tanto como a mí»⁶². Escribiendo a Rogers, en cambio, esquivo lo emocional y hasta bromea sobre ese abrazo: «Oye, que me

⁵⁸ El anterior *Headmaster* y todos los profesores se fueron de golpe en diciembre de 1861 (SHRIMP-TON, 129, 160).

⁵⁹ TRISTAM, 221.

⁶⁰ *Apología*, 318.

⁶¹ FESSLER, J. y AMBROSE ST. JOHN, *The True and the False Infallibility of the Popes: A Controversial Reply to Dr. Schulte*, London: Burns and Oates, 1875.

⁶² LD, 27, 304.

vas a dar tortícolis» le había dicho a Ambrose⁶³; un abrazo apretado que Newman no supo interpretar entonces y que le llenó de desconsuelo después porque no le había podido decir «cuánto apreciaba yo su cariño»⁶⁴. En compensación, Newman dispuso, en términos casi feroces⁶⁵, que le enterraran en la misma tumba que St John. Y así se hizo.

«En este mundo, yo era para él lo primero y lo último»⁶⁶. No obstante, St John no era un mero apéndice del «gran hombre». Los caracteres, cualidades y gustos de uno y otro eran bastante diferentes. Newman gozaba con la música, tocaba bien el violín y componía o arreglaba himnos pero le disgustaba el tabaco. Ambrose se fumaba buenos puros y carecía de oído pero pintaba competentemente. Newman nació educador en una familia sin pedigrí⁶⁷. Ambrose, que procedía de la nobleza y poseía cierta fortuna, se dedicó a la enseñanza únicamente por devoción a Newman.

Remataré estas páginas como Newman su *Apologia*:

En ti [Ambrose St John] reúno y recuerdo a todos aquellos entrañables amigos y maestros que Dios me dio en Oxford para que fueran, a diario, mi gozo y mi consuelo; también a quienes, de gran nombre y alto ejemplo, fueron amigos íntimos y me demostraron sincero afecto en tiempos pasados; y también esos hombres más jóvenes, tan numerosos, conocidos o no, que nunca se permitieron conmigo la menor deslealtad ni de palabra ni de obra; y de todos ellos, tan distintos en su relación con-

⁶³ *Suyo*, 345.

⁶⁴ TRISTAM, 231.

⁶⁵ «I wish, with all my heart, to be buried in Father Ambrose St John's grave – and I give this as my last, my imperative will. (This I confirm and insist on, and command. Feb. 13, 1881)» (NEWMAN, J. H., *Meditations and Devotions*, London, 1893, 611). Ver su relato de la enfermedad y muerte de St John (LD, 27, 412-421). Freud y sus secuaces han emponzoñado la mente occidental en tal grado que ya no se concibe una relación profunda entre personas sin la carne de por medio. «¡Sexo es vida!» nos machaca a diario un diario conservador. Pero antes de Freud, la castidad ambiental era posible. «Kiss me, Hardy» dijo el almirante Horatio Nelson, manco, tuerto y en trance de muerte, al capitán Thomas Hardy, su segundo en el *HMS Victory* (<https://www.phrases.org.uk/meanings/kiss-me-hardy.html> y National Museum of the Royal Navy, Portsmouth). Bray, por su parte, ha dicho cuanto hay que decir sobre la lealtad, las fraternidades juradas y las tumbas compartidas, desde la de Aquiles y Patroclo hasta la de Newman y St John (BRAY, A., *The friend*, Chicago: University of Chicago Press, 2003, 289-306).

⁶⁶ *Suyo*, 345.

⁶⁷ La rama materna, los Fourdrinier, tienen retrato en la National Portrait Gallery (Mid-Georgian Portraits <https://www.npg.org.uk/collections/search/portraitExtended/mw08485/The-Fourdrinier-Family?LinkID=mp01651&search=sas&sText=fourdrinier&role=sit&rNo=0>). La madre de Newman es la joven del vestido blanco.

migo, recuerdo especialmente a los que, desde entonces, se han unido a la Iglesia Católica.

Beaumont ha explicado lo mal que le sentaban a Newman los moldes teológicos de su tiempo⁶⁸. Eran moldes de hierro que Newman no quiso para sí. El desprestigio inherente a no ser considerado teólogo le proporcionó a cambio una amplia libertad para combinar especulación, imaginación y experiencia espiritual⁶⁹. Y así fue como la amistad con los hombres le abrió los ojos a la amistad personal con Jesucristo⁷⁰, y a la dimensión eterna de sus relaciones de afecto con los hombres a los que podía seguir ayudando y amando desde la tierra mientras estos viven en el purgatorio; y a los que uno encontrará en el último día, en la resurrección de los muertos.

⁶⁸ BEAUMONT, K., «Was Newman a “Theologian”?», *Scripta Theologica* 51.3 (2019) 679-710.

⁶⁹ Y también una modernidad teológica que Vélez (VÉLEZ GIRALDO, J. R., «Newman’s Influence on Vatican II’s Constitution *Dei Verbum*», *Scripta Theologica* 51.3 [2019] 711-740) ha aplicado a lo relativo a la Revelación, la Tradición y la Inspiración bíblica.

⁷⁰ *Sermon notes of John Henry Cardinal Newman, 1849-1878*, en FATHERS OF THE BIRMINGHAM ORATORY (ed.), London: Longmans, Green, 1913, 51.

Bibliografía

- ALONSO, J., «Conciencia y conversión en John Henry Newman», *Scripta Theologica* 51.3 (2019) 649-677.
- BARR, C., «Ireland», en AQUINO, F. D. y KING, B. J. (eds.), *The Oxford Handbook of John Henry Newman*, New York, NY: Oxford University Press, 2018, 48-69.
- BEAUMONT, K., «Was Newman a “Theologian”?», *Scripta Theologica* 51.3 (2019) 679-710.
- BELLASIS, E., *Memorials of Mr Serjeant Bellasis, 1800-1873*, 3ª ed., London: Burns Oates and Washbourne, 1923.
- BOYLE, G. D., *The Recollections of the Very Rev. G. D. Boyle, Dean of Salisbury*, London: Edward Arnold, 1895.
- BRAY, A., *The friend*, Chicago: University of Chicago Press, 2003.
- BROCK, M. G., «The Oxford of Peel and Gladstone, 1800-1833», en BROCK, M. G. y CURTHOYS, M. C. (eds.), *The History of the University of Oxford, VI: Nineteenth-Century Oxford*, Part one, Oxford: Clarendon Press, 1997, 7-71.
- CHADWICK, O., «The limitations of Keble», *The spirit of the Oxford Movement: Tractarian essays*, Cambridge: University Press, 1995, 54-62.
- CULLER, A. D., *The Imperial Intellect: a Study of Cardinal Newman's Educational Ideal*, New Haven: Yale University Press, 1955.
- DAWSON, Ch., *El espíritu del Movimiento de Oxford*, trad. José Morales, Madrid: Rialp, 2000.
- FORD, J. T., «La eclesiología en John Henry Newman», *Scripta Theologica* 51.3 (2019) 741-773.
- FROUDE, R. H., *Remains of the late Reverend Richard Hurrell Froude, MA fellow of Oriel College, Oxford*, NEWMAN, J. H. y KEBLE, J. (eds.), 4 vols., Londres: Rivington/Derby: Mozleys, 1838-1839.
- GARCÍA RUIZ, V., *John Henry Newman: el viaje al Mediterráneo de 1833*, Madrid: Encuentro, 2018.
- LIDDON, H. P., JOHNSTON, J. O., NEWBOLT, W. C. E. y WILSON, R. J., *Life of Edward Bouverie Pusey*, 3ª ed., London: Longmans, Green, 1893.
- MONTAGUE, F. C., «Some early letters of Mark Pattison», *Bulletin of the John Rylands University Library* 18 (1934) 156-176.
- NEWMAN, J. H., «Discipline and Influence», *The Rise and Progress of Universities, Historical Sketches*, vol. 3, 60-76, Newmanreader, 2007. <http://www.newmanreader.org/works/historical/volume3/universities/chapter6.html>.

- NEWMAN, J. H., *Apologia pro vita sua: historia de mis ideas religiosas*, traducción y notas de Víctor García Ruiz y José Morales, Madrid: Encuentro, 2010.
- NEWMAN, J. H., *Autobiographical writings*, TRISTRAM, H. (ed.), New York: Sheed and Ward, 1957.
- NEWMAN, J. H., *Meditations and Devotions*, London, 1893.
- NEWMAN, J. H., *Perder y ganar*, trad. Víctor García Ruiz, Madrid: Encuentro, 2009.
- NEWMAN, J. H., *Suyo con afecto: autobiografía epistolar*, GARCÍA RUIZ, V. (ed.), Madrid: Encuentro, 2002.
- NEWMAN, J. H., *The Idea of a University*, SVAGLIC, M. J. (ed.), Notre Dame: University of Notre Dame Press, 1986.
- NEWMAN, J. H., *The Letters and Diaries of John Henry Newman*, en DESSAIN, Ch. S., KER, I. T., GORNALL, Th., TRACEY, G. y MCGRATH, F. J. (eds.), 32 vols., Londres/Oxford: Thomas Nelson/Clarendon Press, 1961-2008. Abreviatura: LD.
- ORNSBY, R., *Memoirs of James Robert Hope-Scott of Abbotsford*, 2 vols., London: John Murray, 1884.
- Oxford Dictionary of National Biography*, versión en línea.
- PREVOST, G. (ed.), *The autobiography of Isaac Williams: as throwing further light on the history of the Oxford Movement*, London: Longmans, Green & Co., 1892.
- RUMAYOR, M., «Notas sobre la formación de la conciencia en John Henry Newman», *Scripta Theologica* 51.3 (2019) 801-823.
- Sermon notes of John Henry Cardinal Newman, 1849-1878*, FATHERS OF THE BIRMINGHAM ORATORY (ed.), London: Longmans, Green, 1913.
- SHORT, E., *Newman and His Contemporaries*, New York: T&T Clark, 2011.
- SHRIMPTON, P., *A Catholic Eton: Newman's Oratory School*, Leominster: Gracewing, 2005.
- SHRIMPTON, P., «More Poet than Policeman: Newman and Education “in a large sense of the word”», *Scripta Theologica* 51.3 (2019) 775-800.
- SPARK, M., «Foreword», en FERRER BLEHL, V. (ed.), *Realizations: Newman's selection of his parochial and plain sermons*, London: Darton, Longman & Todd, 1964, v-ix.
- SUGG, J., *Ever yours affly: John Henry Newman and his female circle*, Leominster (Herefordshire): Gracewing, 1996.
- TOLHURST, J., «“A blessed and ever-enduring fellowship”: the developments of John Henry Newman's thought on death and the life beyond», *Recusant history* 22.3 (May 1995) 424-457.

- TRISTAM, H., *Newman and his friends*, London: John Lane, 1933.
- TRUEMAN, C. R., «Newman for protestants: How Newman drove me to Geneva», *First Things* (October 2015) s.p. Versión electrónica. <https://www.firstthings.com/article/2015/10/newman-for-protestants> 21 junio 2019.
- VÉLEZ GIRALDO, J. R., «Newman's Influence on Vatican II's Constitution *Dei Verbum*», *Scripta Theologica* 51.3 (2019) 711-740.
- WHATELY, J., *Life and Correspondence of Richard Whately*, 2^a ed., Londres: Longmans, 1868.
- ZUIJDWEGT, G., «Whately», en AQUINO, F. D. y KING, B. J. (eds.), *The Oxford Handbook of John Henry Newman*, New York, NY: Oxford University Press, 2018, 196-216.

